

SANTIAGO

los 100 mejores
cuentos de la
vigésimaprimer
versión
del concurso

EN 100

PALABRAS

SANTIAGO EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA VIGESIMOPRIMERA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plágio
Diciembre de 2022

Selección | Fundación Plágio
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plágio
Edición | Katherine Hoch

Inscripción n° 2022-A-9544 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-52-1
Tiraje: 50.000 ejemplares
www.santiagoen100palabras.cl

Impreso en Santiago de Chile por Quilicura Impresores
DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

SANTIAGO

los 100 mejores
cuentos de la
vigésimoprimera
versión
del concurso

EN 100

PALABRAS

Estas páginas reúnen los cien mejores cuentos escritos en la última versión de Santiago en 100 Palabras. Son apenas cien de entre los 52.987 relatos que participaron en la convocatoria número veintiuno de nuestro querido y emblemático concurso de cuentos breves.

En esta selección encontrarán creaciones escritas por personas entre los 9 y los 89 años. Estas historias nos revelan diferentes perspectivas sobre cómo habitamos la ciudad, una ciudad que todavía tiene las marcas que dejó la pandemia. Es una ciudad desafiante, a la cual se le quiere, pero que no pocas veces resulta hostil.

Como Escondida | BHP nos llena de orgullo ser parte de Santiago en 100 Palabras, un proyecto que ha fomentado la escritura y la lectura en miles de personas a lo largo de dos décadas de historia. Es un concurso que partió en Santiago pero que se ha expandido a través del país, el continente y el mundo. Creemos que a tra-

vés de iniciativas como esta podemos generar cambios concretos en nuestro entorno: contribuyendo a fomentar espacios para la creatividad y reflexión acerca del lugar en que vivimos.

Esperamos que disfruten de estos cuentos y que les inspiren a escribir el suyo en esta nueva edición de Santiago en 100 Palabras que inauguramos con el lanzamiento de este libro.

ESCONDIDA | BHP

Santiago en 100 Palabras ha invitado a escribir a personas de todas las edades cuentos que narren sus experiencias vitales de la ciudad. Esta invitación ha logrado recibir más de un millón de relatos, muchos de ellos creados por personas que nunca antes habían escrito uno.

Actualmente, nuestro proyecto ha viajado muy lejos desde su Santiago natal: a diferentes regiones del norte y del sur de Chile, a importantes centros urbanos del continente americano, como Bogotá, Medellín y Boston, e incluso Europa, con el caso de Budapest. Este largo periplo ha sido siempre pensado con el fin de que las personas se conecten con su creatividad.

En este libro encontrarás cuentos que esperamos te emocionen, te hagan reír, reflexionar, recordar, imaginar, crear, empatizar, y sobre todo te motiven también a escribir.

Cierra los ojos y escribe lo que ves. Siéntate en una plaza y escribe sobre lo primero que ocurra. Imagina una ciudad al revés y escríbela. Camina en línea recta, para, respira, escribe la primera palabra que venga a tu cabeza y comienza un cuento.

Queremos conocer tu mirada porque creemos que todos tenemos algo importante que decir. Esperamos leerte en esta XXII versión de Santiago en 100 Palabras.

FUNDACIÓN PLAGIO

Santiago bajo el mar

Ciento cincuenta años después del gran terremoto, una nave gris se acerca por el mar y atraca al frente de lo que fue el cerro San Cristóbal. Desde allí, bajan personas de pelo blanco, delgadas y frágiles que husmean entre las piedras y los restos de construcciones que se asoman. Toda la costa oeste de América del Sur se hundió en el océano Pacífico y gran parte de la población chilena desapareció entre las aguas. Ahora las personas de pelo blanco elevan plegarias por todas las víctimas del descomunal cataclismo. El sol apenas se distingue sobre el cielo gris.

OSVALDO CARVAJAL RONDANELLI, 65 años, Las Condes.

Fin de la cuarentena

Grandes titulares en diarios y noticieros. Finalmente, terminaba la dolorosa cuarentena y todos celebraban. La viejita feliz abrió las ventanas para respirar el aire fresco, una vez más limpió su casa y vistió su mejor traje. Peinó sus cabellos blancos y se puso unas gotas del poco perfume que quedaba en el frasco. En su sillón, sentada, anhelaba las visitas que nunca llegarían. Esperando, sus manos tejían una invisible tela de sueños y esperanzas. Como tantos días, la sorprendió la noche mirando a través de los visillos. No había gran diferencia entre cuarentenas y libertad.

ADA MEYNARD ELGUETA, 77 años, La Reina.

Dorama

Me paso las tardes entre los pasillos de una tienda de productos asiáticos. Me engaño y busco por horas cosas que realmente no necesito. En mi velador se apilan moldes de ajo, cortauñas con puntero láser y cuadros de veinte centímetros con la foto de Drew Barrymore. Cada día elaboro un plan distinto con el afán de esconder mi verdadera intención: tomar la mano del vendedor y escapar juntos bajo una lluvia de pétalos de cerezo.

JUAN ITURRIAGA BRITO, 30 años, Santa Cruz.

Premio Óscar

Se acercaba la hora pactada, estaba ansiosa, satánica y semi hiperventilada. Me depilé los bigotes con la pres-
to, me pinté el hocico bien rojo, me ensarté el enterito
con escote olímpico, me maquillé como *drag queen*, me
chanté mis aros abeceuno y el terraplén. Me enjuagué la
boca con un chardonnay que yacía, entre moribundo y
vinagre, en el refri. Abrí la puerta y le entregué a la Elisa.
Me miró con la mejor y peor cara de Chile. Cerré, me
puse pijama y plano de relajación. Esa noche me auto
adjudiqué el Óscar, por mejor actriz post divorcio.

MITZI LIBERONA ADRIÁN, 36 años, Macul.

Amor de 20 horas

Aunque tiene esposo y yo, pareja, los fines de semana estamos juntos. Gritamos nombres de personas que no conocemos mientras nos sentimos verdaderas máquinas humanas de organización. El objetivo es soportar la jornada laboral en un local de comida rápida.

PATRICIO ALEF ITURRA MARTÍNEZ, 24 años, La Pintana.

Los ancianos

Premio al Mejor Relato de la Memoria

Íbamos en el mismo vagón del metro y no lo reconocí a primera vista. Solo su voz remeció mi memoria. Parecía un anciano común y corriente. Nada anormal en su aspecto. Me acerqué y le dije que nos conocimos en el tiempo de los helicópteros. Me miró extrañado y volteó la cabeza. Luego, un ataque de tos agitó sus pulmones. Yo también soy anciano y también carraspeo cuando aparece alguien de mi antigua vida. Ahora los helicópteros nos persiguen todas las noches y solo realizamos dos viajes. Fueron vuelos sin regreso ni quietud.

PABLO AYENAO LAGOS, 39 años, Temuco.

Olla común

Y después de un día de incertidumbres para algunos y de alegrías para otros, todos nos sentamos a comer. Y aunque nunca en la vida nos habíamos visto, teníamos algo en común: esa comida nos supo a gloria.

DANIEL SEPÚLVEDA LEAL, 31 años, Santiago.

Deporte en cuarentena

Primer Lugar

Entra en la escalera, prende la luz, se saca la mascarilla y empieza a subir la gran torre. Cada cuatro pisos, la luz se apaga y él, a tientas, la vuelve a encender. En el piso 12, decide que no necesita ver y deja de prender la luz. El tiempo se vuelve el tiempo de una cueva. Al rato, ya no sabe en qué piso está y piensa que tal vez la vida es eso, subir una escalera oscura. Cuando sale a la azotea, Santiago se despliega como si fuera un sueño. Enceguecido y jadeante, experimenta algo parecido a nacer.

PABLO ROJAS MARCHINI, 50 años, La Reina.

San Cristóbal

Trotar, subir, jadear, esquivar una bici, seguir subiendo...
Todo por ese mote con huesillo que está en la cima.

CAROLINE VARGAS VERA, 34 años, Providencia.

Carrascal

Premio al Talento Breve

Los niños suben y bajan corriendo por la loma. Por algunos minutos, olvidan que está hecha de basura.

SEBASTIÁN LEÓN PINTO, 45 años, Providencia.

El Paul

A los 16 visitaba por obligación a una tía. Desde el segundo piso de su casa se veía el techo del vecino, tenía un hijo también de 16, moreno, cabello oscuro y corto. Esperaba en la ventana que apareciera y colocara su casete de Creedence a todo volumen. Subía al techo de su casa, se sacaba la polera y las zapatillas, quedaba en jeans. Con su cuerpo de Alexis Sánchez se recostaba sobre una frazada para tomar sol y ambos cantábamos en un inglés onomatopéyico. Le gustaba que lo mirara y a mí me gustaba mirarlo. Se llamaba Paul.

ROMINA FIGUEROA MILLÁN, 45 años, Valparaíso.

Asaltantes

Los tres niños estaban decididos: asaltarían a la vieja del kiosko. Bastaba llevar las mascarillas bien puestas y así no los reconocerían. Salieron de la escuela sin que los vieran y el más alto se asomó a la ventanilla del kiosko: amenazó a la mujer con una pistola de juguete, exigiendo chocolates. La mujer le entregó un puñado y dijo: «Ten cuidado, Jorgito, recuerda que estás a dieta».

LUCÍA PENA GIUDICE, 89 años, Peñalolén.

Clases presenciales

Y ya no puedo cerrar sesión cada vez que el profesor pregunta cómo estamos.

YASNA ALFARO PALMA, 26 años, Maipú.

Adultos

Mi hermana mayor es grande, es decir, casi adulta. Tiene derecho a decirme enano y gritarme, como los adultos; no llora cuando se le rompe algo, me echa la culpa, como los adultos; en la micro me ignora y escucha música, como los adultos; me pregunta cuándo maduraré, como los adultos; y cuando caminamos, va muy rápido y adelante, como los adultos. Mis padres están muy orgullosos de ella.

RUT MORENO VÉLIZ, 15 años, La Pintana.

Régimen de visitas

Los días de cuarentena, a las seis de la tarde vía Zoom, mi corazón se ilumina: «Hola, hijo: ¿cómo estás?».

GONZALO BUSTAMANTE MUÑOZ, 45 años, Santiago.

La Bip en la 210

En mis tiempos juveniles, cuando tomaba la micro llena en el 20 de Santa Rosa, la gente que subía por detrás mandaba la plata adelante, corría de mano en mano y volvía de regreso el vuelto con el boleto a manos del pasajero. La semana pasada, un pasajero mandó la tarjeta Bip en una 210, la que va por Vicuña a Puente Alto. La tarjeta pasó por mi mano y siguió pero sonó sin fondos, luz roja. «Ta' sin plata», gritó un cabro adelante. Risas. «Carga la wea», gritaron. Desde el fondo se escuchó: «Son vacas, me cambiaron la Bip».

JOSÉ MIGUEL CARRERA CARMONA, 67 años, Puente Alto.

Cuarentena

¡Brí-gi-do! Eran pumas, po'. Se pasearon en las casas
cuicas como gatitos. Te imaginái que lleguen aquí.

ANDRÉS TRUJILLO RENDÓN, 34 años, Santiago.

Conitos de pizza

¿Alguna vez fuiste a Estación Central? Yo, cuando era chica, iba con mi mamá a comprar a una joyería cercana. Recuerdo que comíamos conitos de pizza. Mi vieja siempre me decía que, al llegar, debía ponerme la mochila adelante y abrazarla, creo que me lo decía por el frío para que la usara como guatero. Todos iban asustados, como si otro quisiera quitarles ese calor externo. ¿Alguna vez fuiste a Estación Central? Es rico comer conitos de pizza aferrada a tu guatero.

CATALINA VILLALOBOS PEREIRA, 16 años, Maipú.

Capuletos y Montescos del pasaje

Al final, las dos familias se unían en la misma idea: separar al Romeo y su pololo.

GABRIEL LEIVA CERDA, 16 años, Pudahuel.

Once grietas

Un topón leve. Dos hombres bajando de un auto blanco. El de pelo corto lleva un fierro en la mano. Tres gritos a la mujer que conducía el Chevrolet rojo. Cuatro puñetazos en la ventana. Se trizó el vidrio. Cinco escalofríos sintió la muchacha. Seis fierrazos: en el capó, el parabrisas y los focos. Siete personas miraban. Ocho pasos dieron los tipos para volver a su auto y partir echando un poco de humo. Nueve sollozos de una mujer aterrizada. Diez celulares graban la escena. Y once grietas, hondas y tristes, se abrieron bajo los suelos de la ciudad.

MATÍAS CARRASCO RUIZ-TAGLE, 45 años, Vitacura.

Aprendí a

ver en el reflejo de los autos a la persona de atrás para ver si me sigue, caminar sin audífonos para escuchar los pasos, memorizar rápidamente las patentes de los autos, dejarme crecer las uñas como garras, ponerme las llaves entre los dedos. Aprendí a avisarle a mi amiga que, por suerte, ya llegué.

MARTINA OLMEDO SOTO, 15 años, Quilicura.

Deseado silencio

«Buenos días», le dije al hombre que vive en mi cabeza, aún sabiendo que no será un buen día si él me responde.

JAVIERA CATRILAO LAGOS, 17 años, Lampa.

Ocho semanas

Dolor clandestino e ilegal.

JOCELYN ARELLANO CIFUENTES, 28 años, Santiago.

Principito abre hilo

Principito, pensando en su casa entre los volcanes, twittea: «La Rosa igual era media caprichosa, menos mal que me fui». Su nuevo seguidor, @zorro_domesticado, le comenta: «Pero, @prinixipitoo, lo esencial es invisible a los ojos». Él, desconcertado, le responde: «Ya, pero hay muchas otras rosas, po', Zorro». Dos minutos después, Zorro le sigue el hilo: «Pero no has pasado mucho tiempo con ellas, ¿o me equivoco?». Al darse cuenta de que al final sí extrañaba a la @girlboss_rosa, decide tomar la micro G50, que lo deja en la esquina de Asteroide B612.

FERNANDA MEDINA VARAS, 15 años, San Bernardo.

Familia de cinco y una pandemia

Todavía no me acostumbro a poner solo cuatro tenedores en la mesa.

ANA MARDONES QUINTANA, 22 años, Melipilla.

Trozos de mí

Tercer Lugar

Llegué a mi departamento del paseo Bulnes a las 21 horas, después de la oficina. Entré al baño, me extraje el ojo derecho, esa fina y delicada esfera que imita perfectamente uno humano. De un clic me saqué todos los dientes del maxilar. Con delicadeza casi erótica, me desatornillé un pecho, y con amor, un muslo y un antebrazo. Llené el lavamanos de trozos de mí. Los observé. Porque son míos o porque soy yo. Miré al techo, suspiré cansada. Musitando una melodía de siglos, volví a recomponerme. Lista para salir a cenar.

ISMAEL RINCÓN PORTERO, 46 años, Valdivia.

Batalla campal

Aquí estamos, todos los guerreros, mirándonos unos a otros, esperando a ver quién hace el primer movimiento, esperando pacientemente que uno de los reyes salga de sus asientos para que un plebeyo lo tome como suyo y se corone rey. Hay muchas maneras de reclamar un asiento que está vacío: chantaje emocional, robar un asiento especial (mal visto), etc. Toda esta batalla para tener un paseo tranquilo en el reino del transporte público.

BENJAMÍN SOTELO VILLALOBOS, 17 años, Puente Alto.

¿Le doy el asiento?

¡Estoy muerto! Acabo de salir del liceo y lo único que quiero es llegar pronto a mi casa, así que me subo a la micro, y ahí está, un asiento de plástico, sucio, al lado de un señor pasado a ala, pero no me importa. Me siento y todo mi cuerpo se siente aliviado. De repente, veo que alguien se está subiendo y ¡sorpresa!: es una abuelita. Cruzo los dedos para que se siente en otro lado, pero viene hacia mí, mirándome fijamente a los ojos. Cuando llega, no me queda de otra que decirle: «¿Le doy el asiento?».

DARÍO VILLASECA AGUIRRE, 17 años, San Joaquín.

Fantasma

En la plaza ya no están el general ni su caballo, pero aún se siente la amenaza de un peligro inminente.

RAMÓN URRUTIA AGUILÓ, 45 años, Las Condes.

Papel mantequilla

Premio al Talento Joven

Él era como el típico alumno que todo chileno tuvo alguna vez en su curso. Solo sacaba buenas notas y en el recreo se comía un pan con jamón y mantequilla mientras veía a los populares jugar fútbol con una pelota de papel. Era obvio que quería jugar, todos lo sabían y por eso lo llamaban Papel Mantequilla. Era tan transparente, tan transparente, tan transparente. Y todos lo sabían.

GABRIELA SALGADO DÍAZ, 16 años, Renca.

Años más tarde

«Más o menos tres huevos», me decía. «¿Y cuánto de azúcar?», yo le preguntaba. «Al ojo, mijita», me respondía siempre. Llamadas interminables sobre cómo hacer la consistencia del merengue, ¿baño maría o almíbar?, y ella reía al verme comprobar si caía el merengue o no. Así recuerdo a mi abuelita, con sus telenovelas y fuertes perfumes. ¿Será que la edad nos pone melancólicos?, o que la melancolía se nos presenta cuando comemos pie de limón.

IGNACIA AVENDAÑO MENA, 17 años, Las Condes.

Confidencia

Supé que ya no era lo mismo cuando él sirvió el vino y la primera copa no fue la mía.

VALENTINA MONTECINO SALAZAR, 23 años, San Ramón.

La señora del aseo

Premio al Talento Mayor

Había viajado a cuidar a mi madre. Ya de vuelta caminé por Argomedo arrastrando la maleta. Toqué el timbre. Mi marido me esperaba. Con un poco de vergüenza me dijo: «Disculpa, la señora del aseo no ha venido». Toqué el polvo sobre los muebles. Vi la canasta con ropa sucia. Me detuve ante los platos y sobras. Entré al baño. En el espejo inmundado estaba mi cansancio. Tomé mi maleta y caminé por Argomedo, en sentido contrario.

ANA MARÍA DEVAUD OBERREUTER, 67 años, Providencia.

Es tan corto el amor

Aún dicto su rut en la caja del supermercado.

RICARDO GARRIDO MORALES, 37 años, Maipú.

Extinción

Cuando era chica, le tenía miedo a las abejas. Ahora, me da miedo encontrarlas en el suelo.

GABRIELA PIZARRO CORTÉS, 19 años, San Miguel.

Mentira motivacional

Mi sobrina me pregunta cómo es estudiar en Santiago. Y pienso en las piezas húmedas y las pensiones en viejas casonas del casco histórico. En mañanas melancólicas tomando mate, escuchando en la radio carreras de autos del sur. En ser pizzero, repartidor de pan, fotocopador. En amores breves, amistades de carretes y conocidos de clases. En agitadas noches de desvelo en lecturas a última hora. En el combate puño a puño con la soledad. Y le respondo que se pasa bien para que se motive a estudiar o, si no, repetirá.

PEDRO GOSPODNETIC VELÁSQUEZ, 24 años, Santiago.

El hoy, el mañana

Él nació, todos lo esperaban. Él murió en un hogar de ancianos y nadie lo despidió.

ANA HIDALGO PIZARRO, 50 años, Colina.

Impresión

Segundo Lugar

Los ciruelos tiñendo el suelo de púrpura, el polvo colectivo que respiramos, los taladros de las construcciones, las bocinas de los autos, los vendedores ambulantes, el popó de perro, el cuenco entre las cordilleras, la fiesta de al lado, los parques artificiales, el río que se ríe de la gente, el aroma a completo, el poderoso sol sobre la tierra de fuego.

TAMARA MALDONADO VALLEJOS, 25 años, Santiago.

El cuento más largo

Ponernos de acuerdo.

FRANCISCA DEL RÍO ZÚÑIGA, 39 años, Santiago.

Tertulia dominical familiar

«¿Y la pololita, pa' cuándo?», me dijo mi tío. «¿Y la pensión alimenticia de la Maca, pa' cuándo?», le dije a mi tío.

EDUARDO RIQUELME SALAZAR, 26 años, Ñuñoa.

La niña que plantaba girasoles

Una mañana, Samira despertó con la idea de dar alegría a sus vecinos de la calle Las Gaviotas. Tomó una palita y unas semillas de girasol y las plantó frente a las casas. Las semillas germinaron y los girasoles se abrieron con esplendor, los vecinos se emocionaron al ver flores y color.

YASMÍN PAILLAL VALDÉS, 12 años, Recoleta.

Regreso

10 de mayo: compré margaritas con ilusiones para mamá, pie de limón, leche chocolatada. Bus 104. Regreso a La Florida. Un muchacho de jeans raídos miró mis flores. Hurgueteó sus bolsillos, contó sus monedas; volvió a guardarlas. Apretando su mochila, miraba la vereda contraria, también mi ramo. En el 24, antes de bajarse, volvió a mirarlo. Conmovidó, se lo regalé. Se iluminó su cara. «Le gustaban a mamá», agradeció con ojos húmedos. Abrazando el ramo de margaritas e ilusiones, entró al Parque del Sendero esa gris tarde del Día de las Madres.

LEONOR LEIVA ABARCA, 80 años, Las Condes.

Inocente defensor

Se aproximaba el Día de la Madre, estaba con mis alumnos de kínder de una escuela de Recoleta cuando de pronto una niña me dice: «¡Tía, cuando sea grande me voy a casar!». Comenzaron a opinar los demás niños. La mayoría quería casarse. Solo faltaba la opinión de Jordan, un niño de mirada triste, muy conversador. Le pregunto: «¿Te vas a casar cuando seas grande?». Me responde: «No me casaré porque es muy triste tener que pegarle a la esposa todos los días». Todos los niños rieron. Cuando le comenté a su mamá, ella me abrazó y lloró.

CRISTINA ESPINA MONETTA, 58 años, Ñuñoa.

Un banquete inesperado

En Plaza de Armas, saliendo de la Catedral, vi bajo unas palmeras a una pareja sentada en un banco comiendo empanadas y mote con huesillo. Me senté cerca de una fuente, había palomas en el kilómetro cero. Las personas sentadas en el banco reían y disfrutaban, hasta que al hombre, en un descuido, se le cayó la empanada. Me di cuenta de que no le importó mucho. La pareja se fue de la Plaza al metro riendo, la mujer seguía comiendo su mote. Las palomas comían la empanada del suelo frente a la banca, disfrutándola como un gran banquete.

DIEGO CABALLERO MAQUIEIRA, 12 años, Las Condes.

Lo que te llevaste

Te llevaste mi cumpleaños 8 y 9, tercero y cuarto básico de mi aprendizaje. De mi clóset sacaste mis vestidos y de mi jardín, dos primaveras del cerezo te llevaste. Yo por mi ventana veía cómo salías con mis cosas, y de repente me di cuenta de que ¡hasta mis dientes de leche de la boca me sacaste! Pero lo peor no fue eso, sino el vacío luego de que a mi Tita, yo no hallase. Dicen que a los niños el encierro nos hizo bien, pero perdimos tanto. Nunca será tuyo, todo eso que te llevaste.

EMA VARGAS VILLEGAS, 9 años, Talca.

Post pandemia

¿Y los días silenciosos? Los extraño a gritos.

CARLOS ESCOBAR ARTEAGA, 30 años, La Florida.

Pimienta

Más que para dar sabor, para caminar de noche.

MARINA VEGA CORNEJO, 28 años, Maipú.

Festejo

Acaban de bocinear a la recién casada que salió de la iglesia y subió al convertible de blanco con los velos al aire y lluvia de arroz, como si sobrara. Yo barría la vereda, pero la Ester no vio nada porque encerraba la terraza para la once con amigas de la señora. No importa, porque se lo contaré luego en el paradero, nunca nos falta tema, y a mí me cunde hartito con el crochet, que con dos botincitos más que venda la Zule en la feria, ya tendría para las cosas de mi Toñito en la escuela.

ANA MARÍA ARTEAGA CORREA, 81 años, Providencia.

Amaneció nublado

El calor había sido insoportable en las últimas semanas. Los anuncios de posible racionamiento de agua nos tenían con la soga al cuello. Los jardines lucían tonos cafés, lejos de su verdor habitual. Los árboles comenzaban a perder sus hojas, cada vez más secas. Las fuentes de los parques aparecían como escenas de otro mundo, sin una gota de agua danzando para los transeúntes. El fin parecía inminente. Pero un día, amaneció nublado.

ANTONIO FAUNDES MERINO, 71 años, Las Condes.

Éramos animales

De pequeña amaba ir al zoológico, me encantaba ir a ver a los animalitos, pero los tiempos han cambiado y después de la pandemia ir al zoológico me recuerda los meses más duros, crudos y tristes. Ver a los animales encerrados, me recuerda a mí.

MARTINA RODRÍGUEZ SALAS, 11 años, Pedro Aguirre Cerda.

Subcontratista

No fue más de media hora penumbrosa en la mesa de la pata rota y el *ghostwriter* asomó. Le advertí de la restricción principal. «No hay problema, pero la tarifa será por cinco mil palabras, es el mínimo, un relato breve». «Entrégume el borrador, mañana lo tendrá de vuelta». «No hay borrador, tiene plena libertad». Puso mala cara. «Mi fuerte no es escribir, lo mío es la reescritura. No soy un escritor». «Tendrá claro al menos el tema». «No me he decidido». «O la época, el ambiente». «Me da lo mismo, pero lo quiero en primera persona». «Primerísima», ironizó, retirándose.

DEMETRIO PSIJAS PIZARRO, 69 años, Lo Espejo.

El tiempo

En mi casa son las 9.01, pasan cinco minutos y son las 9.30. En el colegio son las 9.01, pasan cinco minutos y son las 9.02.

GLEYSMAR CARRILLO ÁVILA, 10 años, Peñalolén.

La terraza de enfrente

A la misma altura mía, en la terraza del edificio de enfrente, admiro un verdadero jardín de arbustos y árboles. Entre medio hay una sombrilla floreada y me imagino a gente tomando cócteles allí al atardecer. Pero nunca veo a nadie. Hasta que un día, a la hora en que el sol mira para atrás, descubro a un señor de sombrero sentado en aquella terraza, inmóvil, obviamente, leyendo. Tiempo después, todavía permanece ahí, incluso a la mañana siguiente. Raro, pienso yo. En este momento, observo a una señora con delantal que levanta una regadera verde y le echa agua.

ILSE KOLLER HOTZ, 87 años, Las Condes.

Solitario

Miro por la ventana de mi cuarto solitario. Paulina, la más pequeña, corre por el jardín tratando de alcanzar una mariposa, mientras Rocío juega en la plaza de enfrente con sus amigas y sus risas se escuchan en toda la calle. Hoy es todo alegría, ayer fue todo tristeza. «Abuelo, ¿por qué murió la abuela María?». «Abuelo, ¿qué es eso que antes te ponías en las manos?». «¿Por qué te tapabas la boca?». «No seas preguntona, Paulina. La mamá dijo que cuando grande nos iba a explicar, ¿no ves que el abuelo se pone a llorar?».

LUIS MARDONES MANCILLA, 68 años, Quilicura.

Mascarillas

Me gusta pintarme los labios aunque ande con mascarilla en la calle. Nadie sabe lo que esconden las mascarillas. Hay personas que con ellas tapan su felicidad, su tristeza o una mueca. Yo oculto mis labios pintados de rojo.

GABRIELA HIDALGO INOSTROZA, 22 años, Pedro Aguirre Cerda.

Sapiencia

Subió a la 405, Vitacura-Maipú, tarjeta Bip en mano, apuntó al tablero. Algunos se cuelan diciendo: «Con permiso» y rápidamente se escabullen al fondo. Ansiosa, buscó sentarse. Nada, todos durmiendo. Solo distinguió gorros, capuchas y bufandas. Algunas cabezas colgando hacia abajo o hacia atrás, apoyadas en el respaldo con la boca abierta, o hacia el costado, golpeándose en la ventana, o en el hombro del compañero. Otras, perdidas en el celular. A sus 75 años, entendió por qué no le cedieron el asiento. El cansancio los durmió.

ADA ACOSTA CAMPOS, 75 años, María Pinto.

Jubilación

Hoy es lunes. Lo sé porque el espacio del domingo está vacío en el pastillero. Me voy por la vereda de enfrente a cobrar la pensión y vuelvo a lo grande a pagar la cuenta en el almacén peruano. Los lunes hay rebaja para viejos en la farmacia. La señora Claudia me va a volver a sonreír por el pago de la pieza. Mañana, como con las cápsulas ya no me van a doler los huesos, voy a levantarme a cargar la Bip. Viene buena la cosa: escuché en la radio que van a subir en seis luquitas la jubilación.

RICARDO CALDERÓN SOLAR, 71 años, Santiago.

Primera cita

Y cuando pidió la cuenta, ocurrió lo peor: «Excede máximo».

VICENTE DE LA CARRERA VIZCAYA, 24 años, Lo Barnechea.

El trolébus y los suspensores

Eran los años 60, salí de casa atrasada a tomar el trolébus para la vieja escolita, pero ya había pasado. Llegaría tarde esperando el siguiente, así que corrí tanto como pude para alcanzarlo sin éxito. Cuando ya me di por vencida, al bus se le cae un «suspensor», como le decíamos los niños. Eran dos conexiones al cableado eléctrico y el bus no pudo continuar sin corriente. «¡Qué suerte!», grité. Corrí a subirme, mientras el tío Pedro, el chofer más querido por los escolares, enganchaba el «suspensor» y continuaba su recorrido.

CRISTINA CABALLERO MUÑOZ, 61 años, Iquique.

El duende de Barrio Victoria

Me crié en el Barrio Victoria entre viejas zapaterías, escuchando desde pequeño historias de duendes zapateros con ollas de oro. Hoy, sin trabajo, anciano y con una compañera postrada, camino a casa por calle Victoria con una jubilación de 80 lucas. Afuera de una zapatería en ruinas hay un pequeño anciano vendiendo un par de zapatitos verdes de niña. Recuerdo y los compro con la ilusión de que sea el duende de mi niñez y que esos zapatitos sean mi olla de oro, pero es solo un sueño. Ahora me quedan 40 lucas para sobrevivir el mes, y un par de zapatitos verdes.

IVÁN POLANCO ADASME, 57 años, Pedro Aguirre Cerda.

Tintineo

Entró al almacén portando la bolsita de género que ella misma confeccionó. De su delantal floreado extrajo la moneda para depositarla en la ranura de la máquina, se persignó y cargó la palanca. Tras el tintineo metálico, cayeron algunas en la canaleta. Las contó. Depositó una segunda moneda; ahora cayeron seis monedas más. Suficiente para diez panes, cuatro huevos y una margarina que compró de inmediato. Al salir, acarició la máquina y miró al cielo pensando que Dios aprieta, pero no ahoga ni abandona.

JUAN GÁLVEZ TOBAR, 58 años, Puente Alto.

Fútbol en examen

Premio al Talento Infantil

Cruz le pasa las respuestas a San Martín, San Martín tiene problemas para pasárselas a Quintana, la profe lo bloquea, Escudero distrae a la profe y ¡goooooo! Todo el curso aprobó.

ADRIEL ORTIZ PINEDO, 12 años, La Florida.

Segundo viernes de cada mes

Tropezón número cinco en Lourdes con San Pablo. Con algo de suerte podía lograr un buen ángulo y ver al chofer pasar los cambios y ordenar monedas con una mano en la pecera repleta de calcomanías. Bajábamos en Mapocho y tomábamos la Vivaceta-Matadero hasta Valdivieso con Recoleta, junto a la casera de las flores. El Cementerio Católico, siempre frío y misterioso. «Callada Ciudad», lo llamaba mi madre. Hablaba bajito mientras ordenaba en los huecos de mármol los crisantemos e ilusiones para mi abuela Teresa y el tío Manuel. Si daba el tiempo, un Barros Luco en el Carmina de Patronato.

FÉLIX MUSRE HERNÁNDEZ, 61 años, Curacautín.

Ojitos tristes

Saliendo de Vitacura, el paisaje cambiaba y las edificaciones cada vez más pequeñas y coloridas avisaban que ya había salido del alto Santiago. Estación Central, cinco y media de la tarde, una niña solitaria en el terminal de buses se acerca a venderme una flor de goma eva. Al ver su carita cansada pero sonriente, le compré las cinco que le quedaban. La miré correr con alegría hacia un hombre, supongo que era el papá. El hombre, serio, solo la miró, la tomó del brazo y se fueron. Mi mente se quedó en esos ojitos tristes, desolados y sin infancia.

YENIFER ESTRADA CARREÑO, 22 años, Maule.

Carreras a lo pobre

Cada tarde nos reuníamos con mis amigos en la Acequia (un pequeño canal que traía agua del Zanjón de la Aguada). Ahí, junto a las canchas de pasto del Club Hípico, hacíamos nuestra versión de las carreras de caballos con un palo de madera de no más de treinta centímetros y un pedazo de herradura de aluminio, que se afirmaba con elásticos. Los tirábamos por detrás de las compuertas y los veíamos navegar mientras gritábamos sus nombres. El primero que llegaba, ganaba la apuesta total y el honor de pasar al Derby de palitos.

JONATHAN GONZÁLEZ RUIZ, 38 años, Quintero.

Es mi ascendente en Tauro

Me autosaboteo al creer que conozco cada parte de Santiago como a la palma de mi mano, me confío en los tiempos que me toma llegar a Plaza Egaña o a Puente Alto, y como siempre, los tiempos no me fallan, la que falla soy yo. Son exactos esos quince minutos en metro, pero termino llegando diez minutos tarde porque mi reloj interno está atrasado. Podría ser simple irresponsabilidad, aunque yo creo que es mi atractivo pero relajado ascendente en Tauro. ¿Quién hubiera dicho que la astrología podía ser tan exacta?

BELÉN REYES AYALA, 23 años, Macul.

Zanjón de la Aguada

Olisqueando desde el borde del zanjón, supo que abajo habría algo con que adormecer esas punzadas de su vientre: saltó. Rastrojeando la basura, se satisfizo cuanto pudo. Luego, anheló volver a la calle. Intentó trepar, pero la dura pared se lo impidió. Ladrando desesperado, trató de saltar, pero era tan alto. Entonces, creyó que cruzando el agua podría recuperar su libertad. Se adentró en el río, pero la corriente superó sus exiguas fuerzas de quiltro malcomido. Luchó bravamente contra el torrente, mas no lo consiguió. Y lo vi hundirse, al fin libre y sin hambre.

MIGUEL PINCHEIRA SÁNCHEZ, 68 años, La Cisterna.

Transhumanismo

Las agujas con sangre y los vendajes manchados denotan la poca higiene de la clínica, pero el trasplante de corazón y cerebro mecánico es necesario, pues, como oficinista necesito poder estar despierto más horas seguidas y que el café no me afecte. Mi señora está a mi lado y me mira enojada porque no le hago caso, pero sabe que es por vivir mejor: más plata, nueva casa, nuevo auto. Cuando me pusieron el corazón sentí dolor, pero con el cerebro no sentí nada, ni dolor ni miedo, ni el amor que tenía por mi esposa hace dos horas atrás.

MAXIMILIANO MORA MIRANDA, 18 años, Lo Prado.

Alerta

Voy en la micro sentada junto a la ventana con los audífonos puestos, pero con el volumen apagado. Alguien se sienta a mi lado, me tenso. Miro de reojo y suspiro aliviada: es una mujer. Le doy play a la música.

ANA MARDONES QUINTANA, 22 años, Melipilla.

Not vegetariana

Cuando estábamos pasadas de copas, comprábamos completos en Bellavista. Siempre te lo comías rápido y me decías: «No le digas a nadie que me estoy comiendo la vienesa». Te seguí viendo cada viernes en Bellavista, comiendo completos con vienesa.

BELÉN ROJAS VEGA, 28 años, Renca.

Resiliencia chilena

Me fue mal en la entrevista. Venció la cuenta y me cortaron la luz. Hace frío y más encima cuando llego a la cocina, está llena del agua descongelada del refrigerador. La carne se va a echar a perder. Llamo a mi vecino y le digo: «Compadre, voy pa' su casa. Yo pongo el asaíto».

JESSICA ARAYA WALTHER, 47 años, Puerto Montt.

Postura en calle uno

El desayuno terminaba cuando papá hacía su gesto de la servilleta: se la pasaba por la boca y la devolvía a la mesa con un golpe que hacía temblar el azucarero. «A Lo Valledor», ordenaba. Se iba a calentar el motor de la camioneta y veíamos cómo se encendían las luces de freno y la patente se ponía colorada. Papá anotaba lo que compraríamos a los mayoristas: cuatrocientas manos de choclo, cincuenta toros de tomate, un bin de paltas. Me subía cuando los vidrios comenzaban a temblar, papá ponía primera y mamá se iba haciendo chiquita en el espejo retrovisor.

NICOLÁS HIP, 36 años, Santiago.

El algoritmo

Nunca harás match con la dentista porque eres conserje, ¿te imaginas cómo sería esa comida para que te conozcan sus padres? Ser dog o cat lover no es un plus. Todos odiamos la mentira y no nos gustan las cosas simples de la vida. Nadie busca un padre o una madre para los hijos. Bien recibida es una foto tuya, ojalá reciente y no de un paisaje o una flor y si es la quinta vez que me instalas en tu celular, te puedo ilusionar con un «me gustas» borroso que te mueres por descubrir, pero no quieres pagar.

CHRISTIAN CAMPOS MENA, 39 años, Maipú.

IA

Premio al Mejor Relato del Futuro

Están preocupados de muchas cosas: de discutir temas políticos con vehemencia, de hacer cuarentena para protegerse de un virus, de tener experiencias afectivas y aventureras. Aún no se preocupan de que este cuento lo esté escribiendo un algoritmo recién programado.

MARÍA PAZ ALARCÓN FIORENTINO, 34 años, Providencia.

Maldito concurso

El primer paso había sido ponerle seguir en Instagram confiando en la solicitud de vuelta. Luego, esperar (todos los días) que subiera una historia para poder reaccionar o comentar. Hasta que le apareció en su inicio, dentro de los primeros, el círculo rosa con naranja avisando su publicación. Esperó unos minutos, no quería ser la primera en ver la historia. Nerviosa, lo abrió, para terminar encontrándose con: «¡Concurso! Sorteo par de calcetines y jockey». ¿Qué se responde a eso?

BERNARDITA GONZÁLEZ UGARTE, 27 años, Vitacura.

Todo en su lugar

A ordenar, a ordenar, cada cosa en su lugar, aunque de verdad creo que como lo dejaste está perfecto, porque estás aprendiendo, pero debo decirlo, soy tu mamá. Guardas tú, guardo yo, este juego se acabó, y mañana volveremos de nuevo a jugar, sigo cantando, aunque sé que no es verdad, pues mañana tengo que ir a trabajar. Mañana, cuando esté aún oscuro, te oleré despacio y me llevaré tu olor en mi nariz. Saldré en puntitas y cuando vuelva en la noche, mientras duermes otra vez, diré: mañana sí que sí volveremos a jugar.

FRANCISCA NORAMBUENA PAPE, 39 años, Las Condes.

Amor en tiempos de protesta

La conocí en plena manifestación en Plaza Italia. Entre la multitud nuestras miradas se cruzaron y fue suficiente. El tiempo se detuvo, el silencio se hizo innato y los participantes se desvanecieron. Nos besamos una eternidad. Nada más importaba. Afuera, la muchedumbre entonaba alegres cánticos y orquestados gritos contra el Sistema. Repentinamente, nuestra burbuja fue sacudida por una turba que huía despavorida del guanaco y las lacrimógenas. Una masa humana nos arrastraba. Nos aferramos de las manos para soportar las brutales embestidas. ¡Se me soltó! ¡La perdí! La busqué por horas. Llegó la noche. Ni su nombre supe. ¡La perdí!

CRISTIAN OCAÑA ALVARADO, 58 años, La Florida.

Las nubes

Platón, un filósofo griego más viejo que el hilo negro, sostenía que todo cuanto hay en la Tierra es inferior a lo que hay en el mundo ideal, el mundo de las ideas. Sin embargo, lo que vivimos, hacemos y obtenemos en la Tierra no es sino una copia imperfecta de ese horizonte. Si hoy el valor de un litro de aceite alcanza entre los 3.000 y 5.000 pesos, no quiero ni pensar el costo por la perfección que podría tener el aceite en aquel otro hemisferio.

JUAN CARLOS VÁSQUEZ MOLINA, 30 años, Santiago.

Polizona cuántica

Me he aferrado a creer en los viajes a través del tiempo, con la esperanza de lograrlo y llegar a una línea temporal donde sea posible reencontrarnos. No me resigno a tu partida. No me rindo, aunque a ratos creo que estoy delirando. No tengo un DeLorean, no sé andar en skate y aún así cada noche me duermo con el anhelo de acertar y despertar en 1996. Estoy en el paradero de Grecia con Macul, pase escolar en mano, y te veo caminar sonriendo hacia mí, fumando un cigarro mientras sabes que te espero. Paciencia tengo, tiempo también.

PATRICIA ROJAS ARANCIBIA, 45 años, Santiago.

Esperanza

Un día más, un día menos.

GABRIELA LLANTÉN URIBE, 45 años, San Joaquín.

*Cuento escrito en un taller literario en el
Centro Penitenciario Femenino de San Joaquín.

El colgado de San Borja

Voy a comprar, lavo la ropa, la loza, hago el almuerzo y paso la enceradora, todo para abuenarme con la vieja. Mientras retrocedo para ver mejor el brillo del piso, me tropiezo con la alfombra y caigo de espaldas por la ventana del departamento. Sin embargo, el cable se enreda en uno de mis tobillos y quedo colgando desde el vigésimo piso, cabeza abajo, con una pierna flexionada por detrás de la otra. Algunos vueltos, que me había guardado, caen de mis bolsillos. Pero tengo fe. Dios mismo se ceba en la máscara de la virtud.

GONZALO VELOSO FIGUEROA, 51 años, Litueche.

1973

Doña Victoria nunca ha hecho mucho en la vida. Sin embargo, todo el barrio la conoce pues suele acercarse al balcón todos los días. A las 7 deja sus chanclitas en el suelo, con esfuerzo se sube al barandal. Mira con determinación hacia el horizonte y hace señas al cielo. Cuando los vecinos le preguntan el porqué de su maniobra tan atrevida, doña Victoria exclama: «Me dijeron que lo habían subido a un helicóptero. Si lo espero aquí, ¿me lo traerán de vuelta? A él no le gustan las alturas».

VALENTINA CARREÑO DÍAZ, 24 años, La Florida.

Inés, la historia no contada

Dicen que se aparece por la noche. Que camina casi flotando desde el templo hasta la plaza. En sus manos lleva zurcida la capa de Valdivia, raída por la historia. Monta sobre el caballo y besa los labios de su conquistador. Quienes creen haberla visto juran que, de regreso a la basílica, los perros la acompañan siguiendo el olor de la sangre. Inés de Suárez tiembla. En la iglesia, arrodillada, se persigna siete veces, siete rezos pronuncia su boca, uno por cada cacique decapitado. Solo entonces, después de oír el eco del perdón, puede finalmente volver a su tumba.

MARIANA MARINI ENCINA, 52 años, Santiago.

Manuela Florencia

Me la paso hablándole a las plantas, limpiando la cocina, pendiente de que no se me pase el camión de la basura, gozando esa canción favorita que suena de pronto en la radio, saludando al chincol que se oculta entre las ramas, mientras barro migas y pelusas. En el encierro me transformé en mi abuela.

CONSTANZA BISCARRA MC-NAUGHTON, 32 años, Santiago.

Todas íbamos a ser reinas

«Todas íbamos a ser reinas», repetíamos tras la profe de Castellano cuando recitábamos a la Mistral, pero la vida fue distinta pa' nosotras tres: la Marta no alcanzó a terminar cuarto medio porque no se cuidaron con el Jose; la Claudia murió antes de los 18: «ajuste de cuentas», dijeron; yo intenté estudiar algo, pero terminé ayudando a mi papá en La Vega. Un día llegó la profe a mi puesto de la feria y creo que no me reconoció, a pesar de la corona que tenía en mi cabeza pa' promocionar la fruta.

JULIO HENRÍQUEZ MUNITA, 53 años, Santiago.

El despertar

Un día me desperté y el sueño me volvió a llamar.

MONSERRAT RIFFO CISTERNA, 10 años, La Florida.

Excepción

También a veces pasa que al acostarnos dejamos los celulares en el velador y nos acercamos a la mitad del colchón. Entonces nos besamos o conversamos. Es muy agradable.

CAROLINA MARÍA ESPINOZA GRAU, 53 años, Providencia.

Una semana más

Una maleta con berenjenas, zapallos italianos y champiñones viajará tres horas para despertar los ánimos del estudio. El aroma de Estación Central le da la bienvenida a Santiago.

PAULA REYES PEREIRA, 21 años, San Javier.

A pesar de los cambios

Mi tata se levanta todos días a las 7 de la mañana, barre la calle, saca la basura y a las 7.30 en punto está esperando afuera del kiosco de Arturo Prat con Condell para comprar el diario. Antes llevaba una copia de cada uno, menos de *El Mercurio*, obviamente, decía él. Ahora solo imprimen *Las Últimas Noticias*, pero su rutina no cambia; cada vez que vamos con mis hermanos, nos tiene guardados los mejores recortes. Un trozo de noticia para mi hermana, un sudoku para mí y chistes que no entiendo para mi hermano, para que se los explique.

CAMILA RODRÍGUEZ DIGMANN, 27 años, Quilicura.

Abuevístima

Llegaba para el Día de la Madre con su radio portátil y ponía unos casetes con canciones viejas que se autodedicaba. Canturreaba llorando abrazada a la radio mientras la familia tomaba once. Las visitas a veces no comprendían la indiferencia del resto, pero los que la conocían bien, sabían que era una artista de la manipulación y que había sido más mala que el natre cuando joven.

KAREN PETERSEN JARAMILLO, 32 años, Santiago.

El hombre invisible

Bajo el paso nivel me acurruco y cuento los autos que pasan hasta poder dormirme. A veces cuento las cicatrices que tengo en los brazos. Otros días, solo necesito un pipazo. Últimamente enumero a las personas que son capaces de verme. Llevo solo tres.

NICOLÁS GARRIDO VILLANUEVA, 26 años, Pedro Aguirre Cerda.

Rey de cuatro patas

El Marraqueta es un quiltro ícono de La Vega Central. Apareció un día, bajo un camión de verduras, muy hambriento. Le dieron pan y nunca más se fue. Comenzó a ser amado con sándwiches de jamón, carne y todo tipo de delicias. Se acuesta para recibir el cariño de locatarios y visitantes. Protege a los suyos con ladridos hacia quienes no parecen amistosos. Hace poco se transformó en Marraqueta I. Le bordaron una banda de género, le fabricaron una corona de cartón, pintada con témpera, y todavía no se las saca. Las luce con orgullo, mientras recorre sonriente sus dominios.

JORGE LUIS GAETE LAGOS, 37 años, Pudahuel.

Jornada completa

Se levanta a las 6.30, como todas las mañanas. Prende el cálefont, se ducha apurado, toma su desayuno frío, como todas las mañanas. Sale de casa, cierra la reja y forcejea con la llave, como todas las mañanas. Alcanza a dar 65 pasos hacia el paradero cuando recuerda, con dificultad, que el día anterior ha jubilado. Sigue caminando por un rato. Pasa a comprar pan, para no volver a la casa con las manos vacías y el tiempo completo.

ENRIQUE MARCHANT DÍAZ, 61 años, Ñuñoa.

Ulk

Los perros de la Plaza de Armas intentan colarse al Museo Histórico Nacional para invitarlo a romper las bolsas de basura. Saben que está allí, pero nunca lo han escuchado ladrar.

NICOLE HERNÁNDEZ ALFARO, 33 años, Independencia.

La puerta roja

Mención Honrosa

Esta era una casa que se movía. Sin avisar, se cambiaba de lugar. Alejandra tenía que jugar a encontrarla cada tarde después de trabajar. La reconocía solo por su puerta roja. A veces, la pillaba sonriente frente a un árbol en Huechuraba; otras, de mal genio en Vitacura. Con el tiempo, la puerta se fue destiñendo y todas las casas se veían iguales. Alejandra nunca más la encontró. Algunos meses después pasó frente a ella sin enterarse. Llevaba una brocha y un tarro de pintura roja.

JOSÉ ANTONIO GIORDANO LORCA, 35 años, Las Condes.

La Holandesa

A partir de la medianoche, Santa Rosa con Alameda se transformaba. Oscuridad, carritos con sopaipillas, amantes furtivos, algunas transformistas coqueteándole a la noche, garzones salientes de turno. Todos alrededor de la Marta, que a las 7 am nos servía la roncola en tazas de café. Ella se enfrentaba a todos los demonios de la noche. Ella ha visto más de lo que quisiera en los años de atención en la mítica Holandesa.

FABIOLA PARRA SILVA, 38 años, Ñuñoa.

Los carritos de Recoleta

Hay agua en las calles que ya no es lluvia, es aceite.

FRANCISCA PÉREZ CAMPOS, 17 años, Recoleta.

Escritora

Mención Honrosa

Otro domingo en un lindo café, trabajando, como todos los días. Observa a la gente sentada en sus mesas y escucha, sin querer queriendo. Con su blusa blanca, lápiz y libreta, anhela ser escritora, sobre todo cuando toma la orden de una que ya lo es.

TAMARA FIGUEROA TAVALLÍ-VALDÉS, 45 años, Quilpué.

Preocupaciones del más allá

No llevaba un mes penando a los González y empezó la pandemia. Ahora nadie sale, la rutina familiar me tiene chato. La señora con los niños en las clases online y el padre con teletrabajo en el segundo piso. He roto platos y cerrado puertas, pero nadie pesca. Al parecer un simple estornudo da más miedo que un fenómeno poltergeist. He querido irme varias veces, pero sin pase de movilidad está difícil la cosa. Resulta que ahora las psicofonías son con mascarilla y la ouija hay que desinfectarla con alcohol gel. Tenía razón la vecina, del covid nadie se salva.

SEBASTIÁN PEREIRA ESPINOZA, 29 años, Viña del Mar.

Tegualda con Sucre

El desastroso Transantiago me obliga, a menudo, a cambiar de recorrido camino al trabajo y, cuando tomo la 505, que se va por Salvador, siempre voy atento. Al pasar por Sucre, miro hacia Tegualda, a una cuadra de distancia. Es tan solo un instante a la velocidad de oruga de un bus oruga. Tegualda con Sucre. Nada pasa en esa esquina, salvo que a veces un auto que no respeta la traicionera curva queda incrustado en la casa de siempre y que ahí un día me dijiste que era mejor que siguiéramos siendo amigos.

ARIEL DIÉGUEZ GUYMAN, 52 años, La Reina.

**SANTIAGO
EN 100
PALABRAS**

PRESENTAN ESCONDIDA | BHP Y FUNDACIÓN PLAGIO

Participa en la nueva versión del concurso hasta el 28 de abril en www.santiagoen100palabras.cl

PRESENTAN

ESCONDIDA | BHP

 **FUNDACIÓN
PLAGIO**

AUSPICIAN


BancoEstado
banco

JCDecaux

COLABORA

 **PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE**

MEDIOS ASOCIADOS

**ROCK
& POP**

TVN

Las Últimas Noticias

PROYECTO AGRADO
LEY DE
**DONACIONES
CULTURALES**